

*Para el indígena la lengua significa espiritualidad, es la razón de vida...
Siempre el indígena va a preferir expresarse en su propia lengua
porque es su expresión más elevada.
(Evarista Hernández, viernes 23 marzo 07)*

ANALFABETISMO ¿SEGÚN QUIÉN?

Después de considerar la mirada indígena en torno al territorio en función de la cultura, es preciso adentrarse a comprender la condición de los indígenas en relación con la expresión de su cultura a través de su idioma, las diferencias tan grandes que existen con las lenguas colonizadoras a nivel cultural, el significado que socialmente se le ha dado al hecho de que algunos indígenas no hayan aprendido aún el idioma considerado oficial, o hayan perdido el suyo.

Asimismo, es necesario respaldar este estudio bajo la consideración del deber ser de la alfabetización desde la óptica del indígena, es decir, cuando la acción de alfabetizarse adquiere significado para él. De estos temas trata el presente capítulo.

El idioma materno ante la presencia de un extraño

El capítulo anterior ofreció algunos detalles sobre las formas de comunicación indígena, que tienen que ver más con la oralidad, con otras expresiones como el baile en los rituales, la escucha, las miradas, y aunque no se mencionó también es valioso recordar las representaciones pictográficas, pues son una forma de comunicación vital para conocer el pensamiento indígena.

El diálogo y la reciprocidad son distintivos de la comunicación efectiva y afectiva entre todas las personas, forjando relaciones pacíficas y duraderas. La sensibilidad para comunicarse entraña mucho más allá que el conocimiento de un conjunto de grafías,

pues tiene que ver con todas las formas de vida como son los animales, o la naturaleza; que algo tienen que decir al ser humano en búsqueda de la armonía con la vida.

Por ejemplo, el indígena transmite su sabiduría de vida de generación en generación a través de una enseñanza oral, que implica escuchar atentamente lo que dice la persona mayor, guardar un respeto profundo por su persona y sus conocimientos y, por supuesto, llevar a la práctica todo aquello que resulte en un crecimiento y en una formación para el más joven. Todo ello implica la conservación de su cultura.

Esta realidad, que sigue presente para los indígenas como una forma de vida, se vio impactada ante la presencia de lenguas conquistadoras que son muy diferentes. Idiomas donde la expresión oral es una parte, pero existe un sistema gráfico de comunicación que debe conocerse y leerse para transmitir aprendizajes y conocimientos. En estas lenguas el sistema gráfico es básico para formarse con una educación para la vida, para la adquisición de los conocimientos.

Por otro lado, el hecho de que estas lenguas hayan sido impuestas a los indígenas a través de la colonización, en su momento representó una agresión a su cultura. Al paso del tiempo se ha tenido por costumbre -y no deja de ser una imposición- que los indígenas se formen en las escuelas del sistema educativo colonizador, con el uso de una lengua muy distinta y muy distante de la suya. Del sistema educativo con un “escaso atractivo...para los indígenas” (Bertely, p. 3) se derivó un choque cultural que ha dejado una especie de trauma en la mente y el corazón de muchos indígenas, quienes recuerdan cómo fueron enseñados a leer y escribir, y a conocer sobre otras culturas, a base de golpes y otros maltratos.

A pesar de que *tienen que* aprender a leer y escribir en el idioma nacional, siguen expresándose en su propio idioma, así sea en las comunidades o en otros territorios que habiten. La razón es muy sencilla: todo individuo se expresa mucho mejor en su lengua materna que en otra lengua que ha tenido que aprender a la fuerza. Además, no necesariamente debiera tratarse de que lleven su lengua materna a

condiciones de inexistencia. En la familia, en el seno materno, la comunicación sigue basada en la oralidad y la escucha principalmente.

De aquí parte la condición en que muchos indígenas son catalogados por los “occidentales”, cuando no saben el idioma oficial, se les llama “analfabetas”, en tanto no tienen conocimiento de las grafías propias de dicho idioma -viven “sin alfabeto”- y muchas veces tampoco lo hablan. Una persona así es vista socialmente como aquella que vive con cierto retraso, negada a determinadas oportunidades de desarrollo porque no sabe leer, ni los letreros en una calle, ni los documentos que tiene que firmar, por ejemplo (Alcántara, 2007, p. 1).

El término analfabeta puede tener otras acepciones además de la que se mencionó en el párrafo anterior en el sentido de iletrado. Por ejemplo, podría decirse “analfabeta” de aquel que es inculto o no instruido en algún ámbito del conocimiento humano. Visto así, como se ha reconocido por algunos pensadores, todos los seres humanos son analfabetas en algún campo de conocimiento (Solórzano, 2005, p. 4). Por otro lado, cabe cuestionarse si el indígena es analfabeta, siendo que, en medio de sus formas culturales, permanece en un constante aprendizaje mediante el contacto con lo natural y de la transmisión oral de sabiduría a través de generaciones. Más bien, es analfabeta para el “occidental”, en tanto no sabe leer ni escribir el idioma oficial.

Los intereses colonizadores en algunas regiones, sin embargo, llegaron al grado tal de imposición de su lengua que, al día de hoy, los indígenas la conocen, en ella se comunican y han dejado en el pasado el conocimiento de su lengua nativa. Tal es el caso específicamente de los indígenas que viven bajo el Estado Canadiense, quienes hoy están adaptados-integrados a la vida “occidental”, una vez que recibieron una impositiva “formación” en internados. Fueron arrancados del seno materno y devueltos a su territorio tras una severa “transformación” (Antone, E., 2007).

Actualmente, la definición de “analfabeta” que se ha mencionado no les aplica, puesto que ellos conocen el idioma nacional y lo utilizan en su vida cotidiana. El término existe en función de su propio idioma, la lengua nativa; es decir, en tanto no lo conocen

o no se han desarrollado formas de escritura para su transmisión, permanecen analfabetas de su lengua. Es aquí donde se presenta la posibilidad por ellos mismos de diseñar los métodos para aprender su propio idioma, y recuperarlo tras décadas de transformación cultural en las que dichas lenguas se perdieron (Antone, G., 2007).

Por otro lado, se aprovechan esas puertas de crecimiento interpretado desde una sociedad dominante, mediante ayudar a su propia gente en las reservas a incrementar sus conocimientos del inglés. La búsqueda de una educación superior es una forma de alfabetización (Movement for Canadian Literacy, 2005, pp.2-4), que responde a las condiciones de vida en un mundo globalizante (Sticht, 2005, p. 1). El indígena concibe que el colectivo que conforma debe estar preparado y conocer sobre el rumbo que toman las estructuras dominantes del mundo.

Aún así, existen formas de comunicación que los indígenas en Canadá no han perdido, dando cuenta de la trascendencia y pertenencia cultural. Por ejemplo, la comunicación a través de la mirada expresiva, y de la escucha, elementos propios de su cultura y comunicación nativa. Así mismo mediante las ceremonias que incluyen el baile, la danza y la música en lugares de reunión tradicionales.

Cuando el *deber ser* adquiere sentido

Podría pensarse, en una primera impresión, que el sentido que tiene para los indígenas el alfabetizarse, se hace manifiesto a partir de su condición territorial como en el caso del indígena que emigra a una ciudad, entre muchos otros factores. La idea resulta aparentemente obvia, pues a mayor inmersión en la cultura oficial mayor probabilidad de que perciban útil el hecho de aprender la lengua de esta cultura considerada oficial. Sin embargo, sería conveniente revisar si esto es totalmente cierto, o si es posible encontrar razones y determinantes aún más profundas en el pensamiento indígena. Particularmente ante los elementos culturales que se acuñan desde lo comunal. En la misma tónica se sitúa el mito de relacionar el alfabetizarse con el crecimiento personal y la calidad de vida. Para lo cual también resulta apropiada una revisión.

Parece hasta cierto punto acertado pensar que el acto de alfabetizarse adquiere sentido y relevancia para una persona, en tanto dicho acto tiene que ver con sus necesidades y circunstancias, no con las necesidades y circunstancias de los Estados directamente. Es en esta línea de reflexión donde cobra significado la segunda dimensión que interviene en esta investigación: el sentido de alfabetizarse. Por ello se ha indagado en cuanto a las formas de comunicación que tienen sentido para los indígenas, pues permiten visualizar los campos de expresión.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, sentido en tanto adjetivo – incluye o expresa un sentimiento- es un proceso fisiológico de recepción y reconocimiento de impresiones o sensaciones; entendimiento o razón en cuanto discierne las cosas; el modo particular de entender algo; razón de ser, finalidad; significación cabal de una proposición; modo de pensar y proceder (22ª Edición). De acuerdo a estas características una acción tiene sentido en tanto forma de expresión de una identidad, aquello que distingue.

El ser “analfabeta” en un sentido u otro, hace surgir la posibilidad de alfabetizarse o ser alfabetizado. Desde la óptica del indígena, desde su cultura, podría entenderse que una alfabetización tendría sentido en tanto le permita una formación para la vida; crear relaciones armónicas, pacíficas y respetuosas; moralmente comprometido con toda forma de vida. Entonces tendría sentido como un *deber ser* del ser humano.

El indígena, desde su cultura, cuenta con formas de expresión como **la oralidad, la religión, el baile**. Al respecto de la primera forma, se ha mencionado que la escucha y la oralidad adquieren relevancia sobre la palabra escrita. Algunas culturas nativas del Canadá, como la Oneida (también la cultura Mohawk), se basa en la observación y la expresión y comunicación a través de los ojos, de la mirada (Antone, G. 2007). En cuanto a la religión, se ha dicho que las ceremonias son una forma de expresión que adquiere carácter divino al permitir el establecimiento de una relación entre la persona y otras formas de vida en la naturaleza. Al respecto, este poema de Brant Joseph Maracle:

Tuned to our kin called nature,
Iroquois culture time did move,
Observe, listen to the rhythm of –
The awakening, growing, ripening, decaying,
And finally sleeping World of Nature,
So the Iroquois traversed the Earth,
Our mother, who supports our feet.

What a beautiful rapturous scene,
Man in harmony with his surroundings,
With a reverence for the Creator,
With festivals to express our thanks,
The burning of our sacred tobacco,
Fun, food and festivity –
Expressing our 'oneness with man, Nature and our Creator'
Singing, dancing, praying and playing together,
We are but strengthening our bonds with each other,
With the World of Nature,
And with the World of the Supernatural.

(Joseph, 1979, p. 13)

Como este mismo poema señala, otra forma de expresión y comunicación muy significativa, como la danza, servía, de acuerdo a Sten, (1990) para “comunicar las ideas acerca del lugar del hombre en el cosmos y en la sociedad humana”; ...“La danza lleva implícito un proceso de comunicación”; “...bailar era la tarea de todos los miembros de la comunidad, desde la temprana edad. Aprender a bailar, era como para el niño occidental de nuestros tiempos, aprender el alfabeto” (pp. 17, 27, 31).

Sin embargo, la complejidad es aún mayor si se considera que el alfabetizarse comprende dos grandes campos: la apropiación cultural y la actividad cognitiva. Particularmente para las personas adultas indígenas el alfabetizarse parece ser un proyecto difícil, pues ya no son unos niños con la mente fresca. Además, en su

momento no encontraron sentido a lo que aprendían en la escuela, pues quizá ni siquiera le entendían al maestro mientras éste hablaba frente a ellos. La complejidad de una estructura lingüística que no existe en sus esquemas, hace casi imposible que el indígena *quiera* alfabetizarse.

En relación con la apropiación cultural, se suma el hecho de que aprender a leer y escribir se realice en medio de referentes culturales que no son los suyos, y que por tanto no siempre comprende. Más todavía, que representen una agresión cultural que destruye su identidad. Tan solo el hecho de que las “clases de alfabetización” pudieran ser impartidas en la lengua oficial, dista mucho de ser el ideal de aprendizaje para los indígenas, pues aprenden mejor si se tratan los temas desde su idioma nativo (Robinson, 1999, p. 1).

Sin embargo, al mismo tiempo, se dice que en esta sociedad en la que vive se tienen mayores posibilidades económicas o al menos de conservar su patrimonio si sabe leer y escribir. Anna Robinson (1999) dice que esta forma de pensar es un estigma bajo el cual se diseñan métodos alfabetizadores y se imparten cursos de alfabetización, pues el acercamiento a las personas adultas que se encuentran presentes en esos cursos permite ver que sus intereses van más allá de lo económico y de lo estrictamente material (p. 3).

En su estudio realizado tras ocho meses de convivencia con mujeres adultas nepalesas en la aldea africana de Arutar, esta investigadora encontró que ellas no siempre comparten esta idea, pues el título obtenido no sirve para encontrar un trabajo. Se dio cuenta que si estas mujeres ingresaban y permanecían en los cursos y aprendían a leer y escribir, era con fines prácticos para llevar las cuentas y escribir cartas, pero, sobre todo, para “sentirse tan instruidas como su marido y sus hijos” (Robinson, 1999; Alcántara, 2007).

Esta declaración es muy valiosa, deja ver que el sentido de alfabetizarse es más profundo para un adulto. Es decir, no lo piensa en términos de atender al desarrollo o la economía aunque esto se implique, sino en términos de atender a la autoestima y a la

calidad de su vida en familia. Le interesa comunicarse, quizá “encontrar un espacio para mitigar la soledad”; incluso estar en condiciones de ayudar a sus hijos con las tareas escolares (Elmelaj de Castel, J., Santander, M., Bora, L., 2003, pp. 5, 6).

Los adultos indígenas naturalmente anteponen la forma tradicional de comunicación, la “oralidad”, y no las formas escritas. En su experiencia, Anna Robinson se percató de que la mujer rural que fungía como tesorera del colectivo de mujeres, llevaba las cuentas de manera oral, sin registros escritos (Robinson, p. 3). Esta realidad se debe a las características del pensamiento indígena que han sido anotadas en este apartado. Es una realidad opuesta a la que se observa en los métodos alfabetizadores.

Los descubrimientos de su investigación le llevaron a comprender que las mujeres –en una búsqueda natural del sentido- encuentran en el alfabetizarse una “nueva identidad”, en el sentido de autoridad, como cuando acuden a las juntas escolares orgullosas de poder firmar los documentos y no solamente poner su huella digital; condición que no afecta a los hombres, quienes se saben poseedores de una autoridad y piensan que saber leer y escribir es una “competencia que algún miembro de la familia debe tener” (Robinson, p. 4).

En este sentido de una nueva identidad, descubrió que las mujeres rurales “encuentran un espacio privado para meditar sobre sus propias experiencias”, que seguramente antes no tenían, que conservaban muy dentro de sí, solamente en sus pensamientos o en su corazón; ahora ellas pueden poner dichas experiencias por escrito como una forma de desarrollo y expresión de su persona. Estas mujeres adultas, consideradas de castas inferiores por no tener instrucción, expresan que después de haber sido alfabetizadas: “ahora podemos decir y escribir cosas que pensamos” (Robinson, p. 4).

Según este estudio, es fundamental reconocer las necesidades y preocupaciones específicas de los adultos que se pretende alfabetizar. Estas necesidades y preocupaciones de manera obligada se relacionan, en muchos casos, con la presencia de la cultura dominante. Sushila Uparkoti, cuya experiencia se

presenta en el mismo estudio, expresa esta relación al decir: “estábamos dominados y oprimidos por la falta de instrucción” (Robinson, p. 4). Una vez que se ha instruido logra una aceptación en la sociedad dominante, entre los componentes de una nueva identidad. El adulto puede sentirse con mayor seguridad y elevar su autoestima (Alcántara, 2007).

Asimismo, es cierto que si los adultos no encuentran en los cursos alfabetizadores la satisfacción a estos factores que se han mencionado, es muy probable que los abandonen, al haber discrepancia entre lo que quieren y el contenido de los programas. Si no los abandonan, al menos sí son muy frecuentes las críticas al comparar lo que enseñan los contenidos con lo que ellas viven en su realidad. Por ejemplo, los contenidos enseñan sobre las reglas de nutrición y métodos planificadores, mientras ellas no tienen acceso a la infraestructura médica. O bien, la discrepancia llega al grado tal de oírles preguntar: “¿Qué tengo que hacer? ¿Comer o aprender? ¿Cómo puedo cortar el arroz, ponerlo a secar todo el día, y luego venir a estudiar? Me duelen los brazos; estoy absolutamente agotada.” (Robinson, p. 2),

A este respecto, César Picón (1983), dice que la alfabetización tiene sentido para el adulto “en la medida en que es una respuesta válida a lo que espera de la vida... a su crecimiento múltiple como persona en sus diversas dimensiones” (p. 21). Señala diversos factores que ha de implicar un programa de alfabetización de adultos, entre ellos el **compromiso** social e histórico de quienes los operan, y sobre todo la **participación** activa de los beneficiarios en las acciones de un programa, pues con dicho involucramiento se consigue su compromiso tanto en los procesos como en los resultados.

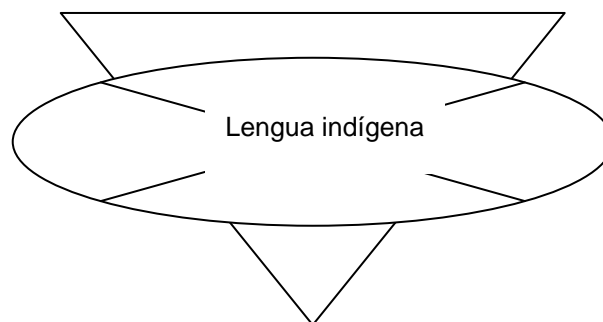
Un adulto se involucra en una determinada experiencia de aprendizaje, no porque un grupo de especialistas o técnicos haya hecho un diseño lógico impecable de los contenidos y del enfoque metodológico a seguir, sino porque esa experiencia responde a una motivación profunda que se articula con el o los “intereses dominantes” en su respectivo “ciclo de vida”, en relación con los dominios esenciales de su desarrollo personal, familiar, profesional o laboral y social. Sólo en la medida en que los adultos participen directamente, puede hablarse de un compromiso, de una

responsabilidad plenamente compartida, de una apropiación de la tarea a realizar. Ello implica que los adultos no solamente sean “consultados”, sino que tengan capacidad de decisión en aquello que los compromete y que convoca su responsabilidad (p. 21).

El “deber ser” de la alfabetización y el sentido de alfabetizarse plantean el problema educativo que aborda la investigación. La forma en que se vinculan los elementos culturales con el sentido de alfabetizarse, permite saber cuál es el deber ser de dicha acción para los indígenas. Algo tiene que ocurrir para que tenga sentido para el indígena el alfabetizarse, tal descubrimiento es en parte una búsqueda de esta investigación.

Se presenta el esquema de relación que muestra lo comunal en un ángulo, esquema en el que la conjunción “y” (\otimes) representa la comunicación que el indígena logra con mayor fluidez en su lengua nativa, con mayor sentido aún bajo otras formas de comunicación aquí brevemente mencionadas. El vacío en otros ángulos, sin embargo, no permite ver todavía *el todo* del concepto en cuestión.

Comunalidad



Conclusión

El ser catalogado como analfabeta obedece a diversos factores, como se ha presentado en el primer apartado de este Capítulo. Existen variadas definiciones de analfabetismo en las que se acomoda socialmente de manera indiscutible a la población indígena.

Diversos conceptos que han sido abordados en este apartado, traen a la mente la definición que ofrece la UNESCO sobre lo que significa estar alfabetizado: “disponer de la facultad para la comunicación, para hacer las cuatro operaciones elementales, para resolver problemas y para relacionarse con otras personas” (Solórzano, p.4). Es una definición que hábilmente aprovechan los indígenas en territorio canadiense para alfabetizarse en su idioma nativo, como una forma más significativa de comunicación y expresión de su identidad (CCL-CCA, 2006, p. 11).

Los elementos a los que hace alusión la citada definición, se abordan de manera muy diferente desde la óptica indígena. La comunicación, tanto como la posibilidad de hacer operaciones de manera oral primordialmente, la capacidad de resolver problemas y establecer relaciones pacíficas con el entorno, se plantean desde la cultura con bases propias que brevemente han sido expuestas en estos Capítulos. De esta forma se confirma que una alfabetización no puede ser “descontextualizada de lo cultural y lo temporal” (Samos, 1997; citado en Elmelaj de Castel, J., et. al., p. 2).

Es importante, sin embargo, comprender en qué momento el ser definido como analfabeta es un problema para el indígena, un problema que le motive a buscar un cambio en esa condición. La segunda parte nos ofreció algunas consideraciones basadas en investigaciones que muestran la realidad de la mirada indígena sobre el ser analfabeta, cuándo y bajo qué circunstancias decide alfabetizarse. Ahora que se hacen evidentes los elementos culturales en el sentido que adquiere para el indígena la posibilidad de alfabetizarse, de dejar de ser un analfabeto, es oportuno revisar qué sucede con dichos elementos cuando el indígena se enfrenta ante las necesidades, una vez más, impuestas por el mundo occidental de estos tiempos, como, por ejemplo, modificar sus condiciones en cuanto a territorio. Lo anterior da lugar al concepto Espacio Territorial, que se abordará en el siguiente capítulo.